

NUESTRA PEOR IGNORANCIA

Dicen, y es verdad, que no hay en el orden humano peor ignorancia que la del hombre que se traiciona a sí mismo al desconocer el supremo fin y destino por el que ha sido puesto en la vida.

Pues exactamente y del mismo modo se puede traicionar a una ciudad, cuando faltos de visión y carentes de perspectiva, le negamos aquellos menesteres que en su desarrollo precisa para cumplir con el destino que, a cada nueva época y momento, puede ofrecerle la historia.

Lo cierto es que el turismo nos ha traído a la ciudad un hecho nuevo que, de saber aprovecharlo cual se merece, podrían representar para ella y para nosotros unos beneficios de valor incalculable. No obstante es preciso que antes sepamos lo que nos pide, y también si somos capaces de satisfacer su demanda. Precisamente por lo mucho que el turismo tiene de mamá — y en nuestro caso digno regalo del cielo — hay quien cree haber hecho lo bastante con solo vestir la casaca del prebendado.

El turismo va a pedirnos muchas cosas, pero es un cliente que puede muy bien pedir las porque su norma es devolver centuplicado el capital que se le haya invertido. El que no comprenda estas razones es digno de ser sometido al examen y auscultación de un diplomado en *ciencias progresivas* y con la misma esperanza y humildad que la enfermedad nos pone en manos del doctor. Cerrar los ojos a la evidencia de los hechos nuevos que aquí se están creando, o simplemente parpadearlos en disimulo, no hacemos otra cosa que declararnos contrincantes de nuestros propios intereses. Y, a la vista está, que no andamos sincronizados con el espíritu ni con el dinamismo que la época exige de nuestras generaciones. Al menos, y por lo que

al urbanismo se refiere, estamos muy lejos de alcanzar lo que el destino esperaba de nosotros. En una palabra: estamos disfrutando de todas las ventajas y comodidades del siglo veinte, pero sin renunciar a la mentalidad y a las estrecheces de unas ideas urbanísticas propias de los tiempos del medioevo.

¿A dónde vamos?. — Como verá el lector, nuestro examen de hoy está todo referido al concepto y a la idea que sobre el urbanismo por ahí pulula, y por cuyo motivo y por cuyo tema, mejor dicho por nuestra colectiva posición ante el mismo, nos permitimos la libertad y la franqueza de rotular nuestra poca afición ciudadana a un tema y realidad tan candentes, como fruto consecuente de nuestra peor y voluntaria ignorancia.

Veamos: Es verdad sabida que mal se anda sin camino. Sin camino que dirija, uno puede andar mucho. Sin nunca ir ni llegar a parte alguna. Y eso precisamente es lo que a la ciudad, y a nosotros al prolongarla, nos está ocurriendo.

Cuando Don General Guitart puso en solfa el plano general de la ciudad trazando las rayas de su ensanche, cabe reconocer que, bien o mal, dióse a la ciudad norma y contenido, sujetando a la regla todos los desmanes que con más o menos habilidad entonces se habrían cometido. Nada es perfecto en este mundo cuando es el dedo humano el que mueve y enreda los hilos de su destino. Pero a pesar de sus deficiencias, aquello representó la presencia y conciencia de una voluntad y de un tesón dignos de su misma buena causa, y que nosotros hoy, al representar el papel de su posteridad, subrayamos con el elogio y calor de nuestro aplauso.

Pero si aquello y en sus días pudo ser una simple necesidad, hoy, y en los nuestros, resulta una deserción no haber todavía llevado a cabo una parecida tarea. Nunca en nuestra historia se dió el caso de nuestros días, porque es que nunca tampoco la fiebre constructora alcanzó tan grandes y brillantes proporciones. Hoy la ciudad, y en su aspecto urbanístico más que en ningún otro, debe saber donde va y hacia donde, como y cuando debe dirigir sus pasos. El azar aquí es anarquía, además de ser resta y sustracción de una serie inmensa de grandes posibilidades. Ordenar y administrar son dos términos de una misma, de una sola equivalencia. La administración trata del dinero, cosa simple y vulgar que puede obtenerse de mil maneras distintas incluyendo a las decentes e indecorosas. Mientras que la ordenación trata del paisaje, de sus perspectivas y panoramas, o sea de algo que inconscientemente se puede perder y que, una vez perdido, ya nunca más se recupera.

Nosotros y los demás. — Hace tiempo, mucho tiempo se nos dijo que la confección del plano general de la ciudad debía correr a cargo del alto organismo que en la capital supervisa los intereses y proyectos urbanísticos de la provincia. Ello es tan verdad, como cier-

to es de que hasta el momento presente la ciudad continúa en lo urbano sin norma ni precepto, sin proyecto ni ambición, o sea sin nada. Eso sí, metidos como siempre en un juego de competencias, discutiendo quien debe hacerlo, juego que entretiene y divierte porque con él podemos cargar en la cuenta del vecino toda la responsabilidad de lo mucho que se habla y de lo poco que se hace. Y así pasamos la vida, matamos el tiempo, a la vez que enterramos muchísimas ilusiones. Que si son galgos, que si son podencos. Y en esta llegan los canes para que una vez más pueda cumplirse la fábula.

Eso y lo otro. — Lo mismo que la ciudad no ha puesto al día su plano, la montaña de San Elmo sigue todavía peor, porque ni siquiera lo tiene, nitan solo lo ha intentado. Lo que debía ser nuestro rincón sagrado, nuestro vigía turístico, nuestra montaña de promisión se nos va esfumando palmo a palmo, derrota tras derrota, en una lucha de guerrillas que la humilla y la desangra. Caminos, que algunos de sus lindantes toman al asalto, irrupciones constantes de la chiquillería y del gamberrismo, y alguna que otra discusión interminable, son, hoy por hoy, como en los partes de guerra, las únicas novedades dignas de mención. Y precisamente porque en la cúspide de su monte sigue ondeando majestuoso el nombre del Buen Viaje, no hay derecho ni razón para que la montaña prosiga tercamente por tan mala andadura.

Sepamos elegir. — No cabe la menor duda de que al fin nos decidiremos a dar regla urbanística a la ciudad, incluyendo en ella a todos sus dominios, como la montaña del Castellar, monte de l'Ametller, playa y llano de San Pol. Pero por lo mismo que se trata de una obra de ambición y proporciones gigantescas, sepamos por lo menos elegir al artífice que debe ejecutarla. Huyamos de todo lo que suene a ahorro y baratura. Nuestra calidad paisajística, nuestra gran riqueza en espacio y panoramas no puede ser resuelta en plan de colegial, ni por manos que no las mueva una mente clarividente. Nuestra obra es un legado a la posteridad. No es un expediente sino toda una ambición. No se trata de establecer un nuevo proyecto de vía estrecha, que ya bastante tenemos con las actuales realidades que por ambas rutas siguen uniéndonos con Gerona.

Ya no podemos ni debemos actuar como, en otras porciones de esta costa, actúan sus pueblerinos. Nuestra misión es hacer honor a la capitalidad que se nos concede y al favor que ya tantas naciones nos rinden. Nuestra calle ya no es nuestra casa, como desde siempre y de muy antiguo deja de ser mansión propia el hogar cuyo suelo pisa un invitado. Debemos hacernos a la idea que hoy es ya una gran porción del mundo que nos mira, y que seremos juzgados tal y como actuemos. Por eso debemos renunciar a nuestra actual política del remiendo. En la época de los antibióticos, el cataplasma ya no sirve para otra cosa que para morirse de risa. — **Equis**

avancora